



A clamor

«Dos toques, mujer; tres toques, hombre». Me lo explicó mi abuelo una noche de verano, en la tejera. Las llamas del horno arrancaban extraños reflejos de su rostro curtido.

Yo le pregunté si existe el tañido de una campana cuando nadie lo oye. Me contestó que, en realidad, así se definía el silencio. No como la ausencia de sonido, sino que este no sea escuchado por persona alguna. Y que eso sucedería el día que las aguas del embalse anegaran la Herrería. Luego pretendió mirar hacia la nevada cumbre de La Maliciosa, aunque yo supe que lo hacía para que no le viera llorar.

Han pasado cincuenta años y la vacía espadaña de San Macario continúa tocando a clamor. Pero pastores y artesanos no salen a la puerta de su choza a preguntar quién ha fallecido. Porque el muerto fue el pueblo mismo y ya nadie puede escucharlo.

Narcisa del Monte